

MUSEO DEL TIEMPO Y OTRAS FICCIONES

Por Gustavo Marcovich

Pasa, con la pérdida de la memoria, que leo libros que ya había leído y que a la mitad me doy cuenta, o a veces casi al final. Cosas de la vejez. Otros los leo y sé que ya los leí, pero no logro recordar nada. Entonces ahora tengo que anotar en la primera página “ya lo leí”. Al libro de Marcial Fernández, *Museo del tiempo y otras minificciones*, no le he impreso tal acotación porque no me importaría volver a leerlo.

Así que abrí el libro de Marcial, *Museo del tiempo*, al azar, o sea en la primera página y me encuentro con la noticia de que:

“Leoncio Iturbe es arquitecto, aunque si usted le pregunta por su profesión, responde:

—Tiempero.

Y él, como otras personas que compraron en su momento los relojes biológicos Cribis, sabe el instante exacto en el que morirá. En su caso, el próximo martes a las 17:35 horas.”

Quedé azorado y de inmediato me remití a Wikipedia, que dice: que Leoncio Iturbe está en FB, que usa sombrero ranchero, que abandonó el Senado y que fue consignado por ahí de 1990 a raíz de un conflicto entre trabajadores de la Ford y golpeadores de la empresa. ¿? Nada. Lo que sí supe es que los tiempingos son aquellos hechiceros de Morelos que hablan con el agua y con

las deidades para pedir buen clima. Ah, y que los relojes biológicos regulan las funciones de los seres vivos, aunque no hallé de marca Cribis. Así de aplicado soy en las lecturas.

Luego me angustié porque el tal Leoncio sabe el instante exacto en que morirá y traté de hacer algo: modificar mi estatus en FB o ponerme en su lugar, pero el mismo Marcial advierte en una minificción de otro libro que al “Ponerse en los zapatos de otro” se corre el riesgo de contraer hongos o cualquier otra enfermedad. Por lo que abandoné cualquier intento de salvación y proseguí con el libro.

Marcial, en esta ocasión, nos presenta un libro de cuentos serios y en serio. Cuentos solemnes, que parecen más serios que los serios, pero que nos mantienen con una sonrisa durante su lectura. No les voy a contar los cuentos porque se rompe el hechizo. Sólo les cuento que los leí y me sorprendí. No por su hechura, fina y elegante como siempre, sino por los desenlaces, lo que para Marcial es el epicentro del cuento.

Aunque parecen serios y entremezclan mitología griega, a aquellos que platican con don Goyo, gigantes de la montaña, cameos al por montón, la construcción de un cuento a través de FB, *e-mails*, chats y esa cosas, partidas de dominó y su peculiar lenguaje, idls, un montón de relojes, cuestiones científicas y filosóficas, que son lo mismo, mitos y mitotes, el humor está siempre presente.

Cuando alguien no sabe qué decir de un autor cuya obra es complicada, su salida más fácil es señalarlo como un humorista. En el caso de Marcial, lo que a la mayoría les produce migraña, a él le provoca risa. Yo agregó que la

migraña les da a los que migran.

Tal vez en este recinto (Casa Museo Joaquín Arcadio Pagaza, de Valle de Bravo), solemne como pocos, nunca se ha dicho Polo Polo y es justo. Viene a colación porque una vez, hace mucho, acompañé al entonces joven Marcial a cubrir un *show* de este tipo en el Blanquita y no nos reímos ni una vez durante dos horas, pero nos causó mucha gracia como el auditorio, lleno a reventar, no paró de reír hasta mojar sus pantalones.

Marcial, especialista en minificciones, pareciera tacaño con la palabra escrita, sobre todo para un hombre que sabemos, los que lo conocemos, generoso en la oralidad y magnánimo cuando, por ejemplo, se trata de dirigirle unas palabras al árbitro en turno. Podría decirse que es una brevedad lingüística en una vida llena de derroches. Sin embargo, lo que ahorra en palabrerías lo vuelca en contenidos. Marcial no se permite complacencias, no busca el resultado fácil, no usa el doble sentido. Con la palabra juega para crear situaciones que traduce como ecuaciones.

Este libro no permite adentrarnos en el pensamiento de Marcial, en qué hace el resto de la semana, cuando no funge como editor, como escritor de cosas más largas, como jugador de dominó, como DT del Sahara Español en las alturas del Ajusco, como esposo o como mirador de series de televisión. Los relatos aquí contenidos permiten llenar esos huecos, oquedades que les dicen, intersticios moleculares.

Este es un libro que se presta para leer en presencia de otros y no compartirlo. Que se pregunten “y este ¿de qué se ríe?”. Cómo explicarles de que, por ejemplo:

“¿Quién se atrevería a amenazar a un profesor de historia?”

Es un libro que puede leerse al revés y no encontrar mensajes satánicos. Lo cual no pasa, por ejemplo, con los libros de Paolo Coelho.

Para finalizar, ahora puedo decir que Marcial es un escritor en plenitud, no sé lo que significa, pero es bonito decirlo. Y que les recomiendo que lo compren y lo lean, o al revés. Son cuatro cuentos de largo aliento y eso ahora es bueno, cuando ya cuesta tanto respirar.

Presentación leída el 5 de junio de 2019

Valle de Bravo, Estado de México